

Lugar de autor

Calle grande

Grand Street

Fredy Amílcar Roncalla Fernández

(aka) Fredy Roncalla

Ayllu Cultural Zumbayllu (Apurímac)

Consejo de Chirapaq Centro de Culturas Indígenas.

ORCID ID: 0009-0008-9867-5618

Apurímac (Perú) y California (Estados Unidos)

Recepción: 06/08/2023

Aceptación: 01/11/2023

I. Pico

Pico ha regresado de Puquio. Se ha aparecido por el mercado de improviso y cargado de ideas. Pensando en cómo mejorar su estilo de guitarra, en cómo construir su casa en Qollana, en qué regalos les va a llevar a los amigos aparte de los cientos que tiene apilados en su sala y closet de Queens y, por supuesto, en qué tipo de alfalfa debe comer para seguir siendo el padrillo de sus mujeres. Ha llegado a preguntarme cuándo ensayamos, a repetir el rito de las mil veces que hemos acordado sin éxito, porque tal vez es más importante nunca hacer el conjunto de huaynos, el estilo maldito, o la música más dulce. Pero sí hablar de la lejanía. Las dos semanas que duró su viaje lo han puesto en fa. Se le

ve nuevo, como si su comadre le hubiese dado el tónico de la juventud. Y me ha dado una envidia amical, de ésas que aprendemos a pocos. Más aún porque hace cientos de años que no regreso a Chalhuanca y no tengo idea clara si la última vez que estuve en Waraqa me fui por el lado de Pinkawacho o Kurankuni. Siempre quiere volver. Y yo también. Y los otros paisanos se van cada año a pasar sus fiestas, a tirar pana, conseguir pareja, comprarse un terrenito, visitar un pariente enfermo, a ofrecer algún proyecto de irrigación para el pueblo. El hombre ya empezó su casa y se ha dado sus vueltas por el flea market buscando un par de botas para el albañil. Así estará a la par con el capataz y ambos trabajarán bien. Sobre el pucho me ha comprado una bicicleta montañera para algún otro amigo y al ver las fotos del Cusco que cuelgan de mi changarro, me dice que las cámaras se congelan en la puna. Que la última vez que pasó por Pampamarca se le malograron las tomas. Y que se han terminado los lentos viajes por camión por las lagunas de Yawriwiri, por las curvas de la Cuesta del Ciervo o los vicuñaes Galeras Pampa: la pista asfaltada ya llegó a Chalhuanca y sólo falta el trecho hasta Abancay. Los dos estamos contentos. Sabemos que la próxima vez será cuestión de unas horas salir de Lima o del Cusco para darse una vuelta por la ruta del recuerdo, como decía el Picaflor de Los Andes. Será harto fácil meterse en el Expreso Wari y, con su calefacción y video y todo, largarme a Chalhuanca a encontrarme con la memoria de Marisol Camacho, de la cual recién me acordé la otra noche, en medio de una furibunda tranca. Es raro el juego de distancias. Y raro también que Pico haya venido uno o dos días después que me soñara con Huarazo. Del pueblo de la bisabuela tengo todo un catálogo de sueños. En la mayoría llego volando desde Pinkawacho, me doy la vuelta por Trigo Orqo y

puedo ver el pueblo verdecito, las laderas verdecitas, el cerro del frente verdecito. Pero la casa solitaria. De vez en cuando, uno que otro personaje, que aparece un instante y se va. Otras veces estoy por Wanchuni, de donde tengo tan claro el olor del wakatay, que un día, en casa del galáctico, casi me salen lágrimas tan sólo hablando de esta yerba verde oscura, pariente lejana del cannabis, que crecía enorme al fondo de la quebrada. Más arriba, había visto nacer el río de un sinnúmero de manantiales, bajando entre cañas, chilcas, berros, zunchos y yerbas cuyo nombre nunca supe. Pero seguía una corriente subterránea, un camino que llevaba varias cuevas. Se sucedían edificios de piedra y lagunas mientras era perceptible sólo una leve música acuática. Muchas veces llegué a este lugar de claridad luego de otros sueños confusos. Vuelta al origen. Contemplación del cordón umbilical. Ecos de los Apus cuyo recinto debería estar abajo de Cruz Pata, pero a los que nunca llegaba. Vasos comunicantes con los riachuelos y cascadas de Ithaca, en donde quise escribir sobre ciudades sumergidas. Geografía plácida de la nostalgia. Zona de prelenguaje. Tiempo recurrente donde nadie cruzaba palabra con nadie. Y al continuar curso abajo, un final abrupto. Un malestar trivial. Cerca de Kurankuni, quería saber si seguía el puente camino a Laqayqa, y si más abajo del río había una gran represa de agua, con una carretera que daba a la izquierda, en donde uno podía viajar en camión, oliendo el polvo de la tierra rojiza. El polvo del camino. Pico se apareció la noche después que volví a soñar con las carreteras. Ahora no sé si he vuelto a Huarajo volando, o a pie. Pero voy desde el coso hasta la casa y me encuentro con una pista debajo de ella. Me confundo. No sé si el ruido que viene delante es un grupo de gente arreando caballos, o el de un camión que viene acercándose peligrosamente. Ahora levanto

la mirada y veo que más arriba hay otra carretera. Mucha gente viaja de Huarkisa a Chalhuanca. He llegado penosamente a la casa. Apenas rastros. Paredes torpemente dibujadas por la antorcha del recuerdo. Palos viejos. Telarañas. Piedras y tejas enverdecidas. Una súbita tristeza. Muchas veces nadie aparece cuando he llegado por los trojes de trigo, he ido y buscado entre las palas y los picos, o me he quedado en la cocina tratando de escuchar el canto de los cuyes. Otras veces he aparecido por Tambo en un instante y he podido hablar con Mariano, que murió de tuberculosis, y Margarita, que corrió la misma suerte. Llegan furtivamente. Comemos algo. Podemos ir a pie en busca de las vacas por los peñascos de Kondorwachana, pasando el camino de los arrieros de Pampachiri y aparecer nuevamente en Huaráqo, donde no sabemos si la nueva gente que ha llegado a vivir a Lamarpata verá con agrado mi retorno. Una tremenda desconfianza suele invadirme cada vez que despierto y sé que al otro lado de mi habitación están las calles de Nueva York. Y que, a lo lejos, en aquel pueblo suspendido entre laderas y peñascos del abandono, sólo viven unos cuantos ancianos. Testigos mudos de la distancia de sus parientes, del tiempo en que los andenes daban su buen maíz y las laderas su buen trigo, y del fuego humano que arrasó con todo dejando que las enredaderas y la grama crezcan por las paredes. Si fuera de los entendidos, pudiera saber qué significan estos sueños y estas coincidencias. Pero pensar que este rollo debe tener sus chácharas froydianas me da más frío. Sólo sé que me encantan las carreteras y su llamado, que cuando el carro rueda hacia Upstate o la Montaña del Oso va desatando enredaderas de la mente. Suelo poner los cassettes cada vez que voy rumbo al norte. Los he escuchado tantas veces que sé de memoria las notas, los silencios, las profundidades

que abren. Las dulces alas de Julia Illánez. El picaflor borboteante de los charangos. Los remansos y remolinos de los acordeones. El caballo de paso y el galope tendido de bordones y guitarras. Uno cruza el puente George Washington y de inmediato aparecen los árboles. Los halcones de Palisades van volando en círculos, casi fuera del tiempo, como si desde arriba pudieran ver la caminata de los iroquies de antes. Tiempos simultáneos y un cielo azul. De pronto aparecen las colinas y más arriba unas pequeñas montañas. Al final de Palisades la ruta se bifurca. Al lado derecho está la Montaña del Oso y a la izquierda el Camino de las Siete Lagunas. Un nombre de poesía concreta. Una nube recargada de metáforas. Más bien una danza de silencio ahora que he apagado el cassette y el carro sube lento cruzando el bosque que se erige sobre un lecho de musgos, piedras antiguas, palos podridos, verdes claros, verdes un poquito más oscuros, y helechos. Paso una laguna grande a la mano izquierda y avanzo hacia una más pequeña que da a la derecha. Suelo ir ahí. Hace poco me entero de que esta es la entrada a Lake Astoti y Lake Skannatati. Nombres nativos con la población indígena desaparecida. Un residuo fetichista en las palabras. Un parque donde antes hubo una cultura. He sabido venir con Estela, que me enseñó a pedirle permiso al bosque para poder recibir y compartir su poder. Llegué con mis amigos y mi familia. Con Liz, que tenía la voz tan delgada como sus manos. Con el tío Oscar, que nunca estuvo tan lejos de Kurankuni. Con mi mamá, de quien me despediría mirando los nenúfares antes de partir. Y con la comadre, con la cual hicimos nuestras ceremonias de limpieza. Pero las más de las veces llego solo y me pongo a escuchar el sonido del arroyo que baja a Lake Astoti. Son breves momentos. Apenas unos diez o quince minutos los que observo el agua lavar las

piedras cubriéndolas de infinito.

II. Ithaca

Al fondo de ese horizonte: Ithaca, un pueblo del que Ulises y Cavafi hubiesen salido corriendo al enterarse de que su mejor graffiti dice “happiness is seeing Ithaca in the rear view mirror”. Tierra de suicidas y paraíso del amor e infierno de la soledad en donde los inviernos, con nieve hasta el cuello y un frío de poca madre, solían alargarse por catorce o quince meses. Por esos lugares uno hacia el amor hasta perder la sensación del cuerpo arrojado a las piernas de la muchacha, de la rubia, la flaca, la nieta del pirata, la carpintera, la bailarina, la intelectual, la anarquista, la chonqadora, la que quería solo la puntita, la bohemia, la política, la fumona, la bisexual, la espiritual, la melancólica, la conflictiva, la siria y la judía, la desleal y la dedicada, la esotérica y la terrenal, la ya pasadita y la changuita aun, para luego recorrer los bares tratando de llenar una copa sin fondo. Miles de historias salían de un pueblo en que un chorro de medio genios solía empezar su locura paseándose de ida y vuelta por el Ithaca Commons, y al cabo del tiempo dejaban su huella de humor, soledad, dolor del mundo, sueños utópicos o las drogas tomadas rumbo a un tonal elusivo en un pueblo que tal vez fue sagrado. La suya era una manera brillante de vivir al margen, complaciente y dolida, carnal, de amores quebrados e imposibles, testigo de los últimos avances de la ciencia y la teoría, pero frágil al momento del último sorbo. A la una de la mañana la soledad era terrible y adictiva. Arriba quedaba el ingenio de la gran Universidad que para este tiempo ya dejaba atrás la florida contracultura y avanzaba a ser una fábrica de información, una gran chacra cognitiva donde pastaba el ganado cantando alegremente “you have to do what you have to do”.

Pero estos preferían hablar de los dinosaurios y del Sandinismo; habían descrito las variables matemáticas de una cascada de agua y vivían entre el ajedrez y la nicotina; llegaron de la India hace un par de décadas y parecían ponderar misterios filosóficos sentados día a día frente el Olivers; mezclaban una gran selección de jazz con los mejores tragos y drogas; desaprecian luego de una noche de jam para volver años más tarde bailando con los senos desnudos en homenaje a las serpientes y al espíritu del bosque; venían de Australia vía Marruecos y abordaban cada momento como un acto ritual; vivían en un laberinto llamado Motel Booby Sands, tenían una madre esquizofrénica, y le habían servido un cóctel a Molotov; celebraban con una cerveza la salida de una clínica de desintoxicación; eran choros baratos que andaban en mancha con literatos, poetas, pintores y vagos que algún día se tirarían en conjunto a su única novia. Para ellos crecían las espigas de los peñascos y las retamas al borde de los caminos. Para ellos existían los abismos, los remolinos, las turbulencias, los destellos eléctricos, las grandes pachangas, los choques, la confusión, los imanes de la ambigüedad, pero también las aguas calmas e infinitas que sólo se ven ciertas veces y que entienden los que entienden.

III. Los viejos

Ahí están los viejos, como juntados por imán de brujo que atrae clavos torcidos y virutas oxidadas. Aparece Jesús, el viejo boricua, “cómo estas, che” con un acento argentino que recuerda al del profesor de música, boricua también, que tiene a Gardel como dios personal y nunca entendió por qué el pintor peruano mandara al cantor al carajo para demostrar que no era dios ni ocho cuartos. Va de paso a China Town donde comprará camarones para su mujer, pero anda en busca

de relojes usados que los cambia por cosas que se ha encontrado en la basura. Otro viejo, dueño de varios edificios, que siempre usa el mismo terno sucio y las mismas alpargatas, viene a comprar la foto de Huanchaco. Te pagará lo que pides por los objetos más dispares y es el único de los chinos que no regatea hasta el cansancio, que como aquel se tiró un rollo de siete horas en mandarín para conseguir un taladro a cinco pesos menos, o como el otro que solía comprar proyectores usados antes de irse a misa y encajarlos en la covacha de su hija. Jodones y dulces. Y más tacaños que una piedra. Está el de 94 años, que se viene caminado desde Brooklyn luego de bañar a su mujer y trae unas tortugas de hueso con ojitos de rubíes falsos. Viene con una silla en la mano, conversa un poco en español, cuenta unos chistes y sigue su camino. El indio americano, de Alaska, que ha vivido toda su vida en Puerto Rico, marino mercante, boxeador, contando historias de cuchillos y cárceles, acompañando a Marios, buena gente, que él y yo somos la misma cosa, ¿boricua, tienes un cigarro? Y el polaco, skeleton, que anda con su par de perros, recoge sillas en una camioneta Honda del tiempo de los Pica Piedras y anda en short y sin camisa verano, invierno, otoño y primavera. Salvo aquellas veces en que le nace vestirse un poco y se prueba un vestido de mujer y se pinta los labios la tarde entera. La señora que solía pedir que le engastaran piedras cada semana para que sus enfermeras la cuidaran mejor ya no viene. Pero aún lo hace la de pelo blanco, que baja a paso firme desde el Upper West Side en busca de la rusa Olga. También está la peruana de la ropa vieja. Dice el mejicano del lado, cuya mujer es un círculo, que él fue quien le enseñó el negocio. Pescan con caña y anzuelo ropa usada de las cajas de donación de Salvation Army y las venden barato. Es menuda y de empuje, purito Huancayo. Uno de los hijos le maneja el carro y trabaja en un

hospital, el otro es un criollito arrogante, y el que se queda con ella es un gordo agradable al que la vieja se la pasa mentándole la madre. S. llega buscando fierros viejos en el suelo para sus esculturas. Poeta, matemático y diseñador de collares de residuos industriales, anda con un chaleco sucio y una cola de caballo. Uno nunca sabe cómo llega a conocer a estos viejos carismáticos, que suelen mostrar un humor sutil y desprendido, a medio paso de la muerte y al margen de las convenciones, pero buscando cordones para amarrarse a la memoria y pronunciar palabras no pronunciadas en la gran arquitectura de la soledad que es esta ciudad de solitarios. Me atrajo verlo pescar sus pequeños tesoros en el suelo como lo hacía en Cañete, caminando al borde de la Panamericana recogiendo pernos, guachas, latas aplastadas, pedazos de llanta que solía guardar en un techo de Castillo de Drácula, que era donde vivíamos encima de una ferretería abandonada, a la que uno debía bajar por la claraboya con una escalera prestada o quemándose las manos con una sogá al estilo Tarzán, para tirarse lo que quedaba de la antigua tienda y no usar nada jamás. Buena conversación, y la semana siguiente viene con un pequeño poema basado en ella. Desde entonces son muchos los versos escritos a mano que me llegan semanalmente, como un tónico. Son breves, describen pequeños eventos que se elevan a lo poético en la línea final. Un poema más largo describe el acto de encontrar objetos en un botadero de basura y, el otro, el horror de una rata cazada por un gato. Pero los demás son de corte lírico. La poesía, clave del mundo, revés y el derecho del caos, mechero titilante en el cuarto oscuro de la memoria, hilo de telaraña en el viento. La poesía: matorral persistente, unas cuantas palabras que valen por grandes edificios mentales, por utopías, por monologismos, por mesianismos, monoteísmos, asaltos al cielo sistema, cambios

del mundo, logocentrismos, silenciocentrismos, vago-centrismos, falocentrismos, grafocentrismos, silencio descentrismos centrismos, exilios impecables y mangoneros, deconstruccionismos, chacras marginales de exhibición, palabras y más palabras, torbellinos épicos nunca existentes, resaca de una borrachera estridente y olvido lírico. ¿Acaso en su chiquititud la chiquititud de los poemas simples, aquellos que el viejo encuentra en SoHo hablando con la gente y pateando latas, son los que valen? ¿Son ellos la vela tilitante en la noria de los alucinados? ¿O es que a los herederos de las lanzas puritanas no le pesan los bárbaros atilas y les brilla la evidencia tautológica como un seno desnudo: un poema es un poema es un poema? ¿No les pesa el mundo ni se les clava como una enorme piedra en el ego? O tal vez sólo es cuestión de ver lo poético en lo cotidiano. Lo decía el viejo Miller, para quien el estado de gracia debía ser más común que sorprendente. Lo decían también esos fermentos setentistas, un par de vueltas por la realidad, antes de irse a los grandes edificios derrumbados en bengalas de miedo, violencia, exilio, desaparecidos, canciones ahogadas, sueños encerrados, covachas del poder donde los guardianes del circo son los que antaño merodeaban la ventana. Pero a Juan los poemas líricos le parecían pura pendejada. Y las palabras son tan abstractas como concretos son el laberinto de objetos y seres del flea market con sus viejos tan carcanchos como los objetos que hablan de vidas silenciadas por el tiempo. ¿Cuánta cosa que tuvo gran valor personal va a parar en una caja de cartón o encima de una mesa destartalada esperando que vengan los coleccionistas con su horror vacui y se las lleven a otro rincón del olvido? El esplendor del objeto en el momento del intercambio. Lo dijo Chatwin en alguna página de viaje. Pero ya el viejo Carlos, había advertido que ahí radicaba el fetichismo de la mercancía, y al

toque Mijail respondería que el del mercado es el reino de la carajada, abriendo el camino de la canonización de la margen. Tras haber sido pisado como tierra en fiesta de huaylas ha ido floreciendo y el desmadre se pasea orondo en calles y plazas. Pero aún conserva un resplandor, una luz melosa que irradia espejismos y máscaras que difícilmente encubren la moneda. Eso es lo que une al africano y sus figuras tan cansadas como un cuadro de Picasso, al tibetano de Katmandú y el norte de la India que vende vestigios del Buda en cientos de reencarnaciones materiales mientras Santeen limpia una casa rica y hace tiempo no ve a sus niños, al Otavaleño que navega con bandera de pobre y negocia con la autenticidad mientras en Otavalo aún existen mendigos, al indio americano de borinquen, chaka original, que quién sabe cómo metió unos tambores y unas plumas de águila al cálido trópico de las praderas del caribe, al mejicano que le entra a todo, al peruano que vende fierros viejos y aún cree que existe el tronchismo, y al que volvió a nacer de los escombros de una tarde de Huaraz en 1970.

IV. De todas partes

Son tiempos de las de medio oriente, y va en jaque la floreciente belleza postmoderna de las cholitas. De las japonesas la tendera de calle cuatro que para mala suerte tenía una hermana igualmente bella. Otra que hacía sus aretes hot chili pepper. La changuita punk y las suavécitas kawai, truchitas de agua clara nadando en torno al resplandor de aretes y anillos. De las tibetanas esa suavidad casi andina con su toque budista: amor con yapa espiritual. Nirvana mana nunana. Y las chinas. Herejes, afectándole a este casi cantor chupa caña. Pero ahora, suave nomás, hablar con la Chunchulí es pura amistad. Paranoica y trabajadora. Vendía

bolas de masajearse las manos allá en Houston Street. Luego vestidos. Y joyería. Un día se fue a México con cinco mil varos y como no conocía a nadie durmió en una banca del Zócalo. Vino de vuelta con un chorro de anillos que amarraba de uno en uno a sus bandejas para que los choros no le roben over there. Su mesa más parecía telaraña que otra cosa. Desde el comienzo era un poco chiflada, pero fue empeorando cuando su niña de unos once o doce años cayó en manos de un landlord sátiro y ella no pudo hacer nada. Encima su propia madre le cobraba para ayudarle a vender sus cacharros, que ahora eran magnetos peruanos comprados a Félix, el resucitado de Huaraz. Entrada la tarde se le aparece Flores. Pintor emérito de Cuenca. Ganador de una importante bienal hace un chingo de años. Fugado de la justicia ecuatoriana. Borracho consuetudinario. De terno, tufo y sonrisa. De un tiempo acá vendedor profesional de bolas en China Town, en donde dice que el Al Pacino había querido sorprenderlo en varios idiomas, hasta que él lo jodió conversándole en francés. Ahora ayuda a la Chunchulí y hablan en chino. Debió aprenderlo años antes, cuando con un peruano mascaferro regentaban varios edificios en China Town haciéndole al dueño el trabajo sucio de cobrar la renta y llevar a la corte a los morosos, no importa que ni Flores ni el mascaferro fueran legales. Only in Nuyolk. Como premio a eso tenían un edificio más abajo de Canal Street, un lugar sin límites, una página no escrita de Donoso, una chingana, en donde uno entraba y salía en el submundo de Huanuco, hace mucho, tirándose una tranca con don Julio, que me jaló de la Pampa de Junín en su colectivo interprovincial, pasado rápido por territorios de Escorza, bajado a todo cuete de Pazco a Huánuco, donde lo esperaban varios paracaidistas profesionales, para tomar con él todo lo ganado en el viaje. Tras dos días, en un

huarique donde recalaban los últimos náufragos de la noche, con una niña de mesera y un enano gay de ayudante, se me queda en la memoria, para siempre, el desgarramiento de una anciana alcohólica a la que don Julio debe comprarle un cañazo. Aun veo la culpa en sus lágrimas, aunque mejor debía haber prestado atención a un hanllako que andaba quejándose de la reforma agraria. Presagiaba, años después, luego de una guerra cabrona, ciénagas derechistas. A los días, mientras comía una lata de atún en la plaza de armas, se aparece un kichkato al que le falló un pase y propuso llegar hasta Pucallpa. En la cálida Tingo Maria, luego de espantarnos con un millón de murciélagos en la Cueva de las Lechuzas, esperamos un jale a la salida del pueblo. Llega un camión Volvo del que baja una mujer maleta en mano. Se dirige a nosotros, “ustedes cargan mi maleta y yo tiro dedo”. “Ta’ bien”. El kichkato y yo nos miramos frotándonos las manos. “Ese me ha querido forzar, pero le he sacado cuchillo y casi lo corto”. No era para asustarse. Era una mujer jovial y empezamos a caminar como si Pucallpa estuviera a la vuelta de la esquina. Bajando por Broadway, Flores y el mascaferro tenían un alojamiento donde gitanas, obreros chinos y vagabundos convivían con mercachifles mayoristas de Ecuador, Perú y Guatemala. Franco precedió la invasión otavaleña en los mercados. Vendía camisas de algodón y chompas. Tomaba poco y eran migas con el resucitado, huamanguino Carmen Alto. El que sí le entraba, y duro, era Sebas, gordito poronguito guatemalteco. Hacía sus cuentas en pedazos de papel bond. Un día perdió un recibo de quinientos varos, “no importa, decimos que nos hemos tomado unas cervezas”. Se quejaba que sus paisanos le odiaban porque viajaba mucho, pero como comerciante internacional se vengaría construyendo un hotel. Y ya, los tres alegres tigres tenían controlado

el mercado de bolsas, huipiles, chompas, arpilleras, y magnetos que chinos y coreanos perseguían como nicotina ausente. En este túnel, cuasi hotel de mala muerte de la vieja Lima, lo único que faltaba era un ekeko. Ese día el kichkato y yo seguimos a la pucallpina selva adentro. Jales cortos y mucha caminata. Ella adelante entre risas e historias. Nosotros tratando de acercarnos sin poder pasar cierto límite férreo. Y sin embargo, su existencia era un acto de generosidad. Con ella eran bellos los baches arcillosos, los mil verdes de cerros y quebradas, el agua de los riachuelos, la culebra que casi pisa el kichkato, la sopa de pituca de un chacarero, los pañuelos que le vende a una doña para tener algo en el camino y la forma que convence al chofer de una station wagon llevarla hasta Pucallpa sin olvidar darnos su dirección. Estoy seguro que el kichkato no había leído a Sartre y yo no lo había entendido un carajo, pero nos agarró un frondoso y selvático vacío. Pasamos de la plenitud a la nada sobre el pucho, y de esta no nos salvábamos así Godot se apareciera. Con las justas conseguimos sitio en un Arellano y ya entrada la noche no importaban ni el Boquerón del Padre Abad ni ocho cuartos. Llegamos a su casa al atardecer del día siguiente. Nos recibe un hermano, con una sopa de doncella. Ella ya se ha embarcado a Iquitos en busca de su hija. Nada del día anterior dio a pensar que la movía tanta ausencia, pero dejó encargado que nos alojaran en su casa. No sé ni su nombre, ni qué sería del kichkato cuando nos despedimos en la Plaza de Acho, pero aquella mujer es una a las que siempre he recordado, y más ahora, cuando ya los toldos cubren los puestos hasta la próxima jornada y se prenden las luces de la ciudad como luciérnagas de otra selva y Flores ayuda a la Chunchulí cargar unas cajas over there y el guardián del Flea que cuida un pabellón de choros avezados en Rikers Island abre una maleta

llena de cerveza para los que se quedan a acampar en Broadway y Grand y a las once de la noche pasan mámisés de todo tipo rumbo a los clubes y llega una china con un bolso enorme a recoger latas y botellas vacías cerrando el periplo de los homeless inaugurado por el play de honor mañanero de un loco marielito de risa estridente fan de Malín Falú que siempre pide radios a pilas.

V. Santa

Tal vez en algún rincón del internet haya algo sobre Lezama Lima y Thomas Pynchon. Para mí la cosa es simple. Me perdí en ambas enredaderas geniales. Bajando por una hoja de palmera de Paradiso y entre los escombros dejados por la lluvia de bombas en Gravity's Rainbow. Debí preguntar a Santa, que estuvo en Londres y Francia como fotógrafo del ejército, pero él sólo repetía anécdotas sin proyectil alguno. El sánguche de pavo y horseradich que me ha traído en la mañana tomando su bus desde la calle once tiene larga data. Lo había visto en tiempos del Flea de Broadway y Tower Records, donde empezaron muchos, mis vecinitas de frente, que terminaron colocando Laila Rowe's en todo el país, las camisetas Spoo, la platería gótica de René, e incluso una joven adicta a la heroína que dejó a su japonés por Paradise, un traquetero de Trinidad, y terminó en una larga crónica del New York Times como la hooker mejor vestida de la ciudad. Ahí le traía cristales y cuentas a la muchacha de lado. Todo un Papa Noel, con su camiseta, pelo y barba blanca y su ropa roja. El Santa más Santa. Pero fue Rubén, que hasta ahora no ha dejado fumar sus baretos, y es tan pacifista que no iza ni una bandera blanca, el que consiguió una tienda para compartir y llamó a unos cuantos a Saint Mark Place, capital punk. Pre-posmodernos, mucho

antes que aulas y libros académicos le dieran al bombo multicultural hasta el cansancio, los mercados ya reunían su variedad. Junto a Rubén y esposa, hippies de toda la vida, andábamos una rubia de aretones de alambre y flores, la inglesa de los sombreros, una vieja brasilera mayorista de rhine stones, el vende ropa israelita, infaltable, un par de africanos, del que Shamakí se parecía a San Martín de Porras, pero tenía un genio del diablo, y este cholo, que con sólo abrir la puerta e ir a Astor Place, consiguió músicos para hacer un grand opening con bombos y zampoñas. Todos compraban de Santa, que se aparecía a diario con cuentas y aretes hindúes antiguos que vendía con infaltable sonrisa. Había salido en infinidad de afiches y una postal donde el Santa está trotando al borde de un lago, y voltea hacia una joven desnuda con cubre todo abierto hacia él. Es el que mira la gente del barrio desde un techo del mural del antiguo Veselka, entre los que estaban un mulato de sombrero charro con un chorro de adornos de plata, y el Allen Ginsberg, su vecino de la calle diez. No sé si había conocido al vate, pero tiempo después, cuando cenábamos de la Pequeña Polonia o andábamos por ahí, contó que le había corregido unos errores a E. E. Cummings, que vivía al frente suyo, en el West Village. ¿O era al Ferlinghetti? Gustaba reír al repetir sus historias con frescura, mientras sacaba un par de aretes del bolsillo y se lo regalaba a la mesera o encontraba un caramelo para los niños. Su pasión eran las cuentas. Lentejillas, ágatas y filigrana hindú, cristales japoneses y savarosky, plateados checos y austriacos que había comprado a precio de huevo y vendía a los traqueteros del East Village. Ya después, luego de la época dorada de los aretes peruanos, le entró por las cuentas de cerámica de Pisac, que le traía de vuelta yendo hasta el mero Valle Sagrado o en el laberinto de Polvos Azules. Le

decía que el laborioso proceso de pintar llamitas, vestigios de awasqa y diseños utopoincaicos de las cuentas de Písaq, nunca fue bien pagado, y que cansaba la saturación churrigueresca de los detalles. Pero nada, “a mí me gustan”, Santa las usaba para hacer sus aretes. Sencillos diseños celebrados con el placer por los pequeños detalles con que transitó la guerra a puro clic, la época beatnick, hippie, postmoderna y multicultural. Corazón grande de viejo ateo judío. Abuelo honorario. Viejo number one. La última vez que le traje un puñado de cuentas ya vivía en Virginia. La diabetes y un par de derrames habían hecho efecto y un día el Santa se internó en Bellevue, hospital de locos, donde se enamoró de una enfermera. Pero era mejor que viviera más abajo de la línea Maxon Dixon al cuidado de su hija, quien le sacó el mismo corazón abierto. Además, ya el Pynchon había escrito un último ladrillo sobre la afamada línea. Ahí lo visitamos el gordo Stan, Stacy, una china irlandesa del NYPD, y yo: su familia adoptiva. Valía manejar cinco horas pasando Washington para invitarle los mismos huevos revueltos en IHOP y pasear por las tiendas de un dólar donde siempre encontrábamos algo con que hacer la próxima línea exitosa de joyería. Algún heraldo de Vallejo declaró que hay un momento que a las madres les parece que sus hijos están poniéndose viejos, pero enfrentados al prosaico deterioro de los mayores los exilados globales nunca sabemos cuándo será el último abrazo y retorno a las moradas baldías desde donde ya planeamos el próximo viaje apenas llegados. Son tantas las utopías del retorno. Y pensar que cuando uno iba a Chalhuanca pasando Trigo Orqo, sabía que por ahí empezaba la vuelta a Huaráqo. Lo final es cuando el péndulo se queda en un sólo lado y no sabemos qué culebra se cruzó en el camino. Cuando Santa sabía que llegaríamos miraba

ansiosamente la ventana y después sólo podía estar despierto una media hora. No importa, era bueno acompañar al abuelo como me hubiese gustado hacerlo con tíos, con mi padre, que se fue donde el silbido del ichu hace la soledad más penetrante, y con Juan, poeta mayor, que andando por el otro lado del lenguaje se nos iba desde hace tiempo y se nos va a cada rato. Un febrero de carnaval de aguas sucias en Lima supe que Santa dejó este mundo. Su hija guardó sus cenizas hasta mayo cuando lo enterramos en Arlington, con honores militares para un buen hombre, cuyo epitafio oficial dice: “fotógrafo comercial y modelo de Santa”. Yo habría dicho, en tiempos convulsos, de loca sintaxis globobarroca, tuvo la valentía de ser retratado por una frase diáfana: “vivió con los ojos abiertos y fue feliz”. Que los Apus y sus doñas le reciban sus aretes de cuentas de Písaq.

VI. Te recuerdo Amanda

La primera vino del sur. Cinco minutos. Eterna metáfora acústica. Pasos de amante revolucionaria alumbrando praderas de poesía y vida. Posteriores desgates. Dictaduras. Muerte. Otras historias. Círculo trazado por la muchacha de entonces sentada en casa quemada. Eternidad ya fue hasta nuevo aviso. La segunda, una morocha cochala, lunareja creo, de una tristeza tan sexy como su larga y abundante cabellera, que terminó en Ithaca, al revés, varada por un gringo que le dijo no tan pronto la trajo, sin poder regresar a su tierra firme, y hablando de amores partidos. Fue cuando llegaron los primeros exilados chilenos. Y los recibieron gente buena que extendió redes solidarias con nicaragüenses, guatemaltecos, salvadoreños y chiapanecos del sub. Pero con los andes nada. Sólo el plusvalor académico de pobres e indígenas. Acaso, flaca, tercera y principal

Amanda, ello se retrataba en tus ojos de tiempo empozado mientras pasabas largas horas mirando a las musarañas al lado nuestro. Habiba había descubierto que el Ivy League era buen punto de venta, y no importa que el John Murra pasara adelante con cara de cachaco le acepté un canto para mis aretes de escama de mero. Pero no, eso andaba muy abajo en los sedimentos del silencio, vasos comunicantes con la violencia en los andes de los cuales los pocos llaqtas no hablábamos para no entorpecer el impecable exilio, esa bandera que abría afectos, pero no calmaba el fuego. Lo tuyo venía de Chinatown y anidaba en el ocaso de la contracultura en Cornell. Nunca los vi juntos, pero andabas con el David, un chino reteloco que era migas con los hermanos Duffy. El uno un adicto al dolor y vago de primera y el otro, para estar a tono con la elite de literatos y fumones de College Town, chancándole duro a los insufribles arwi arwis conceptuales y sintácticos del Antiedipo. “Uno es la vida y el otro es la muerte”, dijo David un día que le metimos cerveza como descosidos. Pero quién sabe si los inicios de la postmodernidad fueran también otra forma de esconder el horror contra, y que la verdadera vida estuviera en la tristeza del vago. De esos cholos irlandeses siempre sentí más cercano al Tim, un exilado como nosotros, marcado por la propensión de seguir mirando allende nubes que se perdían al otro lado del West Hill sin que llegara señal salvadora. Tal vez en el fondo David pensaba lo mismo, porque dentro suyo la estridencia de la risa apuntaba al repetido momento en que su novia lo dejó para casarse con su propio hermano. Paw, desapareció como otros malandrines que venían por el verano. Y sentada frente al Williard Straight Hall, preguntabas por él, por él, con la misma displicencia con que ibas a clases cuando moría un obispo. Yendo a dormir en pos de ciertas claves he preguntado a los

sueños si este es el momento de hablar del vacío, del otro lado del lenguaje, de los significantes que flotan sin amarres, donde todo es caos y uno vuelve a las palabras, efímeras, como hojas de sauce bajando por un torrente, y sobrevive porque están los Andes, inmensos y ciertos, en cada momento. Qué importa. Nos fuimos. Compré caballo blanco chaymanta ripunaypaq, un viejo micro wolkswagen de camping, que se podía arreglar a martillazos en el solenoide para no prenderlo empujándolo cuesta abajo. Un día, viniendo del Bronx a Harlem, se rompió el cable del acelerador. Lo parchamos con un largo wato y Faus tenía que jalar la pita mientras yo manejaba. Mi housemate renegó cuando le hacía tirar el wato caminando delante del carro para aparcar. Falto de civilización, había vivido en Puno y en la selva, pero no podía comprender, como sí los crolos del Harlem, que cuadrar así era lo más normal del mundo. Otro día andaba por los empedrados cuzqueños del West Village y pan dan gán se cae el motor. Viene el Vito con su caja de herramientas desde Brooklyn, levantamos el motor con una cadena y lo llevamos de vuelta a Harlem. Pero ya el caballo blanco, como reflejando el mal de amores del jinete, no daba más. Se lo regalé a un homeless de Amsterdam y la 108, que vivió ahí por unos meses hasta que una grúa de la ciudad, de esas que permiten a ciertos empleados el placer perverso de negarle a la gente desvalida la última rama para no caer al abismo, se lo llevó a un canchón de chatarra, como harían tiempo después con el van rojo de una pareja de viejos portorros, que vivían en la 110, al lado de Saint John de Divine, que dicen no se terminará de construir mientras haya pobres en el mundo. Era otra de la larga colección de carcochas que siguieron al caballo con la cual llegué al East Village Rumbo al Bocachica. Había escuchado a Guillermo Portabales en el mercado de Caquetá,

junto al cine Ramón Castilla, donde una gorda de mini bailaba hasta el cansancio “El Carretero”, mucho antes que el Sid nosecuantos le pusiera, en Buena Vista Social Club, unas líneas de sliding guitar a Compay Segundo solamente por joder. Ahora iba en busca de Afroandes, que los viernes en la noche, a la una de la mañana, armaba un rumbón de poca madre. Julián era un chatito mochica chimú, todo tiza que, junto a Vitaminas, un cajacho chalaco en el bajo, su medio hermano en el timbal, y Zarandonga en el cajón, el saoco, y “carne blanca hasta de hombre”, marcaron época tocando guajiras de los Compadres y charangas cubanas, y un merengue apambuchado “a mí no me gusta la gorda/ a mí sí me gusta la flaca” que a los dominicanos, que ya bailaban sus huaynos, les sonaba a naca la pirinaca. No estaban. Ahora en el Nuyurican Poet’s Café sería el momento del Poetry Slam, en que poetas de toda calidad estarían concursando por aplausos al más puro estilo cachascán, que no lo hubiésemos imaginado ni en las horas más delirantes del Wony. Enrumbé a un nuevo local en la Avenue A donde habían dicho había un buen DJ. Ahí estabas, bailando salsa, pura carcajada, la larga cabellera, ay dió, lunareja también. Cerca de Grand Street vivías en el último piso de un walk up de West Broadway. Por entonces andabas con algún Manuel ignoto y yo más flechado de amores que un puerco espín tiqrampa. Pero, sin los abismos fatales de una Mata Qari tipo Nadja, especialidad de la casa, tenías aun cierta botella de leche que te emparentaba con la María del mejor poema de Eielson. Hay momentos de afecto, frágiles y preciosos, cuando con lenguajes compartidos ambos espíritus se desnudan y llegan a rollos mayores sin que los polvos, si no son sagrados, interrumpen y nos vuelvan a lo banal. Pero tu displicencia seguía un misterio. Quién sabe cómo habías terminado leyes y trabajabas cuando no había

de otra. Y venías a quedarte, espalda que jala compradores, sentada en el changarro por largas horas, fumándonos unos cigarros, llevando a tu vieja abuela que le metió a la costura como tus padres, y con el timing perfecto como para no estar al mismo tiempo que algún fling del momento. Cuando en Morningside Park recogieron las hipodérmicas de los junkies y limpiaron la maleza, decidieron construir una paqcha frente a la ventana. Caía a una pequeña laguna y volvía a subir por una bomba. Agua reciclada, latas de cerveza, gaseosas y papeles. Algunos trabajadores del parque limpiando de vez en cuando. Pero un sonido que llevaba a las claras vertientes de la puna. Mirar la cascada, algún Apu. Viajar gratis. Más tarde vino una vieja empujando una carretilla y sus cañas. Pescaba unos cangrejillos del tiempo en que los dinosaurios eran bebés de leche. ¿Cómo se aparecieron, en el mero Harlem, en aguas iban de ida y vuelta sobre el mismo punto? ¿Sería que la doña los puso ahí para recordar algún bayou que llevaba dentro? Los que no fueron plantados ahí fueron dos cisnes que hicieron nido en medio de unos juncos que ya crecían al pie de la paqcha. Una pareja que remontando siglos posó su blancura romántica en una laguna artificial. No los viste. Pero hablé de ellos como loco en tu walk up de West Broadway, donde finalmente supe de tus secretos poemas. Nunca los publicaste. Ni los leí. Eran palabras sin casa, que te llevaron hasta el fondo del mundo, al borde de alguna roca seca de Australia, desde donde escribiste una última postal que da cuenta, Amanda, de tu eterno caminar en la ausencia.

VII. Alambres

Aún queda ese alambre plateado para conservar como grato recuerdo. Lo trajo Isa, un rayado de Irak antes de la mentirosa guerra. Cantante, adicto a los caballos, de mano sorprendente en la joyería free form, todo wiswi, que un día, para el colmo ronco, se apareció en el Tower Records con varios de rollos de alambre 20 y 18. Voy con ellos varios lustros, y no porque al Isa se le ocurría llamar a la hora del wallpa waqay a preguntar si quería más, que su primo lo plateaba en Miami, que eran los últimos puchos, que le podía copiar los diseños, y había perdido en las carreras tanto como en una antigua discoteca suya. Éramos, como el viejo “you know what I mean”, el “too much free” y los post hippies peruanos, parte de una dispersa secta de dobladores de alambres, que incluso llegaba a manos mexicanas, hindúes y sweat shops chinos y coreanos. Pero salvo el Perú y México, raro que pueblos de alta tradición manual terminaban con aretillos y collares sin vida alguna. Cuestión para una etnografía estética postmoderna, o algo por el estilo. Tentación discursiva cartesiana a evitarse a todo costo. De tanta tirria a la bamba “pienso luego existo” llevé filosofía tres veces y, bajando de los baños de Aguas Calientes traté de convencer a la Solterita de Paqcha que ese Descartes de michi era más bruto que una piedra. Pero, riéndose, contestó con un chaqlazo ¿a ver por qué? Me quedé turulato. Y supe que había perdido los hilos tautológicos de tan duradera convicción. Mejor toda la noche kanchis kanchis, pampachallapi. Cuando los cielos cargados anunciaban la lluvia amenazando las chozas, la gente quemaba llantas para que el humo negro la espante. Había gritos, creo. Y los niños corríamos de un lado a otro hasta que, de puro contreras, llegaban las gotas, impregnando un olor chévere en el polvo.

Las aguas apagaban la fogata y luego de enjuagar el hollín dejaban ver unos aros negros de alambre de acero que la gente llevaba a casa para seguir reciclando un caucho que ya había pasado por navajas cortadoras de llanquis. Eran difíciles de doblar y habían venido de un mundo tan extraño que incluso ponía montones de gente invisible cantando huaynos, corridos, valeses y boleros, o contando chismes, dentro de una cajita estilo edificio de Ciudad Gótica de Superwamán, de donde salía un alambre al aire dice para pescar señales. Cuando uno aguaitaba por un hueco detrás de la cajita podía ver grandes edificios de vidrio, calles delgadas con pistas de alambre, casas numeradas en forma de mejoral a veces cuadrado, y gente siempre escondida, seguro haciendo gárgaras de nabo para levantarse con una voz tan linda todas las mañanas. Pero más bacán era el sonido alegre de lluvia salpicando el polvo o reluciendo micas doradas en las piedras. Al escampe, pichinkos de toda clase salían a picotear semillas y gusanillos. Y más allá, en el pajonal, el rocío se pegaba en las cerradas diagonales de las alas de miles de mariposas amarillas. Ríos nacientes. Progresión hacia grandes copos de nubes de tonos ocre, rojos y ámbar en la cúspide de los cerros. Vizcachas sobre las rocas con el trasfondo de un sol calmo. Momentos epifánicos, sagrados. En este mismo lugar los antiguos, recién saliditos de sus paqarinas, buscaron dentro de la tierra y en los mares e hicieron hueco en oro y mullo con puchkatillos de obsdiana para colgarse collares al pecho con watos de cabuya y algodón. Pero he aquí que a alguna mamaku o un capaq apo pretenciosos se les ocurre ponerse oro y mullo en las orejas. Entonces los orfebres concentran, hasta a veces romperse el coco y parcharlo con mates de calabaza, toda su materia gris para inventar el inicial alambre de arete, sin sospechar que esos watitos de metal serían non plus en Kay

Pachapi. Fue cuando orfebres de lugares ignotos sintieron pasos y de pura envidia pidieron a sus layqas que descubrieran el importante secreto de estas partes. Los layqas, que tenían poderes telepáticos y ya estaban acostumbrados al infinito wireless se robaron la idea desde lejos y entonces aparecieron alambres de joyería en Egipto, Mesopotamia, y la China. Cosa más grande la vida, caracho. Tras oleadas de hippies que empezaban a ser recuerdos, aparecieron artesanos con sus franelas, alambre y alicates en mercados y plazas. La culta sociedad los miraba mal al comienzo, chachaw que sucios, pero más tarde, cuando la inflación del charlatán se contaba en talegas de billetes inservibles, tutili mundi se metió a chancar alambres y engastar piedras. Junto a la música, primeras estéticas globales indígenas. Y por su lado la muy pendeja estética del terror. Intenté el asunto de los flecos chancados y los doblados de filigrana, pero repetir patrones y medidas para la izquierda y derecha era un trabajo de relojeros y prefería el free form, que a veces era hacer una espiral con alambres del Santa, pisarlo con cojones, y venderlo por cientos a una incauta muy a pesar de su novio aka siki. El que le entró fuerte al asunto fue el Toro, hustler number one, que andaba con aretes y tapices de San Pedro de Casta en la sexta, el Village, Lincoln Center y donde le compraran al por mayor o menor. Después del conflicto del Cenepa va caminando con una camiseta “viva el Perú carajo” a sentarse en una plazuela entre la sexta y Tribeca para esperar su turno en esta historia, asllata suyaykuy. Pero ahora se impone otra muda de wato a alambre. Fue el Bell, un cholo escocés, que tras usar un par de latas de Leche Gloria con un wato de algodón al centro uniéndolas trató de escuchar lo que decía un paisano al otro lado. Alguito sonaba, pero no muy claro. Y como alguien le había dicho que ciertos metales cargaban señales más rápido

que un relámpago, cambió de wato y yastá, empezó el teléfono por alambre. Ya que al mismo tiempo la electricidad viajaba por caminitos de cobre una puchka inmensa fue envolviendo al mundo en una telaraña de alambres que pasaban ríos de información de un lado a otro y a la inversa viceversa. Con el único límite que al final arranca el wirelees haciendo del cielo densa materia de black hole, que el aire que respiras y llega a tus pulmoncitos portando todas las señales del planeta es más aplastante que el peso del mar sobre los peces ciegos al fondo de las fosas marinas. Heroicos los pájaros que aun vuelan, y residual la metáfora de la libertad asociada a viento y horizontes abiertos. Y todo, además de sogas de alambres para puentes colgantes inspirados en el Pachachaka y otras vainas industriales, sólo por unos aretes para vanidosos capaq runas. Cuando se terminaron los primeros rollos de Isa, este ya había desaparecido del mapa como muchos que salieron del Tower, escapando la ambición del gordo Edwin. El jijuna no se movía de su Toyota, pero exprimía más que carretillero de jugo de naranja para comprarse unas casitas en Upstate y Florida, pobrechalla. Terminé en la sexta y la 26, al lado de Mother Flaca, marcado por Vietnam y con ciento cincuenta mil varos acabados de transitar por su nariz, el envidioso y jodón más buena gente. Ahí venía un mayor que trabajaba plata y alambre cera del Tower. Diseños conservadores. Poco atrevidos, ventas en reflujo. No le gustaron los anillos de alambre y cuentas que siguiendo donde iba el momento parecían pequeñas esculturas. El chicoeto placentero era donde daban los permits to steal que reclamaba Mother Flaca después que cada changuita se iba sonriente del changarro. Ahora el mayor salía muy poco y paseaba en el último barrio de flea markets de la ciudad, you know what I mean, it doesn't pay to go out, you know what I mean, I played piano all

my life, my sister is in Colorado, you know what I mean. Su soledad you know what I mean, la misma conversación. Un día llegó con un rollo inmenso #20 on the house que he llevado a ferias y fleas en miles de aretes y collares. De los que con suerte aun tocan sus últimas tonadas de piano aquí o en Denver, no he vuelto a verlo, pero sigo pensando que tal vez en algún algoritmo haya un rastro suyo, porque a veces uno ve los alambritos rojo y verde del teléfono y sabe que por ahí andan los pasados presentes de tanta gente lejana muy cerca.

VIII. Manuscritos

Jodonas las medias. Tarde o temprano una emprende camino dejando a la otra sin par, con el boquete abierto, llamándola para siempre. No responden y se meten en rincones de donde salen cuando les da su puta gana mientras uno las compra por docenas para salir del apuro. ¿Alguna vez habría pensado el viejo Bachelard resolver el misterio con una “Poética de las medias y otros objetos perdidos”? Porque también a ciertos libros se les ocurre la misma finta. Se esconden y nos miran de medio lado matándose de risa, ayudando en la tarea de no leerlos. ¿Dónde estará la novela de la Wendy, que contaba los traqueteos de la secretaria de una poeta famosa en su afán de mejorar estilo y fama mediante banquetes y recursos prosaicos? Humor cáustico y refinado del Lower East Side, mismo Village Voice y vitrina on the edge del Saint Marks Bookstore. Raros marcianos, abriendo horizontes con una frialdad del carajo. Y con sex appeal. Pero la W. llegó tarde al proyecto de la Gran Antología de Escritores del Flea Market, porque cuando la calle 11 y la avenida B estaban en su punto, del Grand Street flea market sólo quedaban recuerdos. La idea vino de un boletín de poesía

de una ayudante de Steve, cuyo padre le curó una pena de amor you can always find another woman. Ahí el S. habló su antigua vida de Wall Stretero, lugar de nueve a cinco al que uno podría volver en momentos de extrema confusión. Había también una historia de un joven ruski, en donde el color amarillo viaja en tren, tiene unas peleas con otros colores más fuertes en pos de una novia celeste, y se va esfumando. Al que le gustó más el asunto fue a Dino, un griego super cool candidato a monje budista, que mientras durara el largo estribo era borracho, warminero y fumón de tabacos habidos y por haber. Se apareció de New Hampshire en una Honda Civic tan bien empacado que sólo le faltaba encajar el viejo submarino de Porthsmouth. Aún tengo su buda de plástico en un altar, junto a unos apus de madera tallada de la paqarina de Polvos Azules. ¿Habría escrito algo en su larga carrera de hippie, guardián de un chongo en New México, policía militar, florero y activista antinuclear? No importa, la poesía es una calidad de vida, y hay poetas que nunca han escrito una línea. Lo saben los cantantes y los pájaros, y el Julius, de Saint Marks y los videos bootleg en vivo, que hablaba como poeta de la calle del centro. Los setenta en el Wony y el Palermo. En todo caso Dino podía usar una de las cientos de manos de maniquí que vendía tras comprarla de una hondureña de Brooklyn. Handman. Poemas en el aire. Versos budistas con manos de maniquí, fermentando como chicha de Yucay en el silencio. Historias de libros nunca escritos, obras geniales pululando mayupa pusuquullachu en la mente de jóvenes poetas y viejos intentando responder Venancio como pasa el tiempo. Pero también de libros encontrados no bajo rumas de periódicos amarillentos en cuartos al borde del empacho, pero junto a un cojonal de fierros viejos, en la Parada. La había despedido en un paradero a Huancayo luego de comer ambos

un picante de trigo, cochayuyo, y piedritas del campo. Ya habría tiempo de esperar cuenta gotas el retorno de un amor harto chicoteante. Ahora era cuestión de bajar la comida y darse unas vueltas por calles aledañas a la Avenida Aviación. Fui en busca de Valle, mi compañero del Bentín, al cual le dictaba sus cartas amorosas a bellas colegialas para luego explorar, como los brillantes chancones del purito Rimac, todas las posibles sumas de fracciones que den diez y medio. Cinco más cinco y medio igual once para una libreta de notas con aires de trigal, siempre con temor que el profesor de matemáticas te clavara cero con compás. Para entonces si no era rey de la papa, iba en camino en ser príncipe del olluco, duque del perejil o algo por el estilo. No estaba. A la vuelta, una serie de carretilleros habían llegado al final de su periplo por los barrios pobres y vendían botellas y fierros inservibles. Un libro de tapa dura esperaba en medio del óxido. Citas y recortes por montones. Antipasto Gagá. Asaltos. Mámises cuidadosamente recortadas. Monto de la fortuna de los más ricos del mundo. Tayta cura adorna iglesia con flores de amapola, pero pichicateros afanan semillas y lo arruinan. Ciento sesenta millones de litros de cerveza tomados por los peruanos el 63. Año del huaylas rompecatre. Biólogo peruano descubre método de curar cáncer. Y en el borde citas literarias de Blake, Scorza, Palma, Gandhi, Adán, Huidobro, Picasso, Pedro Beltrán, Carlyle, Alberto Hidalgo, Sofocleto. Un hombre culto. Ramón Rivero Falconí hablando de educación aquí y allá. Su tarjetita con unos datos no revelables en el reverso. Vecino de Ingeniería, barrio de jardines a donde iba a pasear desde Zarumilla pasando por la tienda de Yolanda, que nunca estaba. Partida de nacimiento informática en Google con un par de artículos sobre César Vallejo y Alberto Hidalgo. Tal vez un poeta. Y ensayista. Alega ante la Liga de

Naciones defendiendo la posición peruana ante Chile. Estudiante de Columbia. “Sounds like the book was a flea market of words”, dice Dino, “right, “then again, any book is”. Especialmente en estos tiempos postmodernos. Vamos por unos platos vietnamitas en Baxter Street. Mientras mother flaca compra unos dulces de melaza en Mulberry nos alcanzan Mike y Ellen. El comité de slackers en pleno. Ya recuperado en un último viaje la bitácora, descansa junto a las Nuevas Corónicas: las del siglo XXI y el facsimil francés, que leí de cabo a rabo y recordé de inmediato cuándo abrí las páginas vetustas esa tarde gris de La Parada. Entra Guamán Poma. Heavy staff. Cómo explicarles a estos space cadets la genialidad del Sondondino, su partida de Huamanga a las altas punas buscando orden, justicia, piedad para los indios, dibujando en tinta y a colores, pura poesía concreta, que Munch ni ochos cuartos, profundo humano del margen cuya humanidad desaparece en la fábrica de conceptos de la universidad, la historia, los estudios culturales y tanta vaina. Su figura en los andes he imaginado desde que un águila wamancha cruzó, chawpi tuta ya, frente a la rápida station wagon de 75 dólares, pagada en tres cómodas cuotas semanales, hasta mucho después, cuando en algún otoño lluvioso de Harlem se metió en una cueva con Juan Choque, a pelearse sobre cosas que nunca entendí. Uno la resistencia a través de la escritura, el otro la sanación del cuerpo a partir de la música y el baile. Pares complementarios de la imaginación profunda, cagándose y meándose a su regalado gusto en las primeras piedras coloniales. Poetas a los que la cancha de la vanguardia les queda chica. Paqarinenses. Pero desde el mesero sur vietnamita que niega servirte lo que pides si no le da la gana, hasta el último de los slackers, todos dejamos a un lado los silencios del ser, los creativos y los abismales, cuando

lo absurdo manda y nos pasamos la hora hablando huevadas. Palabra en libertad. Laberintitis expansiva y mutilineal. Vasos comunicantes entre Camina el autor, Rivero Falconí, algún discurso rayado de Miller en Trópico de Capricornio, y la Hellen que no para de contar del tal Jimmy que conoció en un oscuro topless de Newark. Hay amores que nunca pueden olvidarse, como dice Pedrito Otiniano, o tal vez el Lucho Barrios, o será el Segundo Rosero que yasta cantando huaylas sólo por andar atrás de una conocida y sabrosa tampa uma.

IX. Manto Paracas

